

Oro, incienso y Mirra

El sol parecía una moneda de oro cuando nos encaminamos hacia Garraiceta por la mañana temprano.

—Dejaremos las bicicletas en los arcos del ayuntamiento.

“¿Y la misa?”, me pregunté. Era fiesta, pero no parecía que mi tío tuviese intención de ir a la iglesia.

—Ve tú. Ya veo que mi hermana te ha inculcado bien el lema de Arana*: *Dios y Vieja Ley*** . Yo preferiría que no fuéramos tan meapilas. Patriotas sí, pero no tan apegados a la religión. La religión nubla la vista, tanto que a veces nos ciega ante los problemas del mundo. Se puede ser patriota sin ser un creyente contra viento y marea.

Debí de mirar escandalizado a mi tío, que se calló de pronto:

* Sabino Arana fue el fundador del Partido Nacionalista Vasco a finales del siglo XIX.

** Traducción del lema *Jaun-goikoa eta Lagi Zarra*. Se refiere a la fidelidad a la fe y a los fueros.

—Bueno, déjalo, no voy a echarte un mitin. Me marchó a dar un paseo. Nos vemos luego.

Yo sí que entré en la iglesia. Me senté en un banco y me puse a mirar a las figuras que presidían los altares laterales: el barbudo San Roque y su perrillo lamiéndole las llagas; Santa Lucía, con dos ojos en la cara y los otros dos, los que le arrancó el verdugo, en un platillo.

Aunque el murmullo de las plegarias en latín y el fulgor de las velas me daban sueño, me entretuve un rato contemplando a San Antolín, con un cuchillo clavado en el cráneo; a Santa Águeda, con dos pechos en el torso y los otros dos, los que le cortó la sierra, en una bandeja, como dos panecillos.

“¡Cuántos mártires!”, pensé, y disimulé un bostezo. El tono del cura me hizo prestar atención al final del sermón.

—...Por eso, queridos hermanos y hermanas, recordad lo que aprendisteis de vuestros antepasados, y pensad con sosiego dónde ponéis el corazón: si en el seno de la Madre Tierra bien amada por nuestro Señor, o en el asta del toro que se acerca mugiendo desde esas tierras de España. *Oremus.*

La mirada se me fue a la talla de San Miguel Arcángel. Allí estaba, espada en alto, con una bestia bajo su pie, un demonio cornudo como el toro que acababa de mencionar el párroco. La bestia, la guerra.

A la salida, el hisopo propagó el olor del incienso mientras los fieles cantaban a María, a quien llamaban refugio de pescadores, cobijo de pecadores.

* * *

Era el verano de 1936, tiempos de la República. En febrero había ganado las elecciones el Frente Popular, una coalición que agrupaba a los partidos de izquierdas. Sin embargo, los perdedores, que no aceptaron la derrota, se movilizaron para recuperar el antiguo poder e interrumpir las reformas iniciadas por el Gobierno. Compraron armas, entrenaron soldados, y el 18 de julio se alzaron en contra.

Ese día comenzó algo que nadie esperaba que llegaría a ser una guerra.

* * *

La plaza estaba a rebosar al mediodía. Mi tío me esperaba junto al quiosco de la música. En el arbolado, entre los bancos de madera, los ambulantes vendían barquillos, confites y cajitas de cerillas. Un grupo de niños rodeaba a una cabra que hacía acrobacias, y dos muchachas repartían papeles. Una de ellas saludó a mi tío con cariño:

—Buenos días, señor farero.

—¿Qué cuentas, Katalin?

—¿Sabes que hoy Estepan* va a dar una conferencia en el *batzoki***?

—¿Estarás allí?

—Claro que sí. ¿Y tú?

—También —y como querían seguir charlando a solas, mi tío me dio unos reales—. Cómprate una golosina, y date una vuelta por ahí, a ver si conoces a alguien. Pero reúnete conmigo en el *batzoki* a eso de las dos, que hoy comemos allí.

Me compré media docena de roscones ensartados en una rama de laurel, y luego me senté sobre una lona que habían colocado los comediantes sobre la gravilla de la plaza. La función estaba a punto de empezar.

Una mujer desaliñada apareció en el pobre escenario, tocando palmas y cantando:

*Los Tres Reyes Magos al Niño adoraron
en Belén, en Belén, en Belén.*

Oro, incienso y mirra al Rey ofrendaron

* Estepan Urkiaga “Lauaxeta” (1905-1937). Poeta y periodista vizcaíno, perteneciente a la generación del florecimiento literario de los años 30. Fue miembro activo del Partido Nacionalista Vasco. En 1931 viajó a Madrid para reivindicar una escuela bilingüe. Era también conferenciante. Puso en marcha el primer periódico en vasco, *Eguna*. Al estallar la guerra dirigió la revista de propaganda *Gudari* y fue comandante de intendencia. Apresado en Guernica cuando acompañaba a un corresponsal extranjero para examinar las consecuencias del bombardeo, murió fusilado el 25 de junio de 1937.

** Similar a centro vasco.

en Belén, en Belén, en Belén.
De oro es el sol; de incienso la brisa;
yo soy mirra fina... pa' ti es mi sonrisa.

Un chaval que estaba a mi lado se puso a abuchear a la cantora:

—¡Qué Belén y qué puñetas! Estamos en verano, no en Navidad, malditos *maquetos**!

Ese grito me punzó los oídos. Apodos tales como *maquetto*, *belarrimotz*** y otros parecidos estaban tajantemente prohibidos en casa.

—Euskadi es la patria de los vascos —solía decir mi padre—. Pero si despreciamos a los que vienen aquí a ganarse la vida, nunca se sentirán como unos más entre nosotros.

Mi padre era médico, y tenía su consulta siempre abierta en una habitación de la casa. No existía raza, apellido, creencia, clase, fortuna o religión que le distrajesen de su vocación de ayudar a todos por igual.

La cantora seguía a lo suyo, ignorando los silbidos y sin alterar la expresión de su cara.

A mí, en cambio, se me hizo un nudo en la garganta cuando vi salir a Mirra entre una cortinilla de cuentas, con traje de volantes y zapatos de tacón, tocando los cascabeles.

* Apelativo despectivo que se daba a los forasteros en el País Vasco.

** Idem.

El nudo engordó cuando ella, que me había distinguido entre el público, me guiñó un ojo.

Y casi me ahogó cuando reparé en el feo corte que tenía en los labios.

En un rincón del escenario el hombre de la chaqueta blanca se atusaba el bigote. Dio un coscorrón a un gitani-
llo para que se espabilase pasando el sombrero. Yo rebus-
qué en mis bolsillos, y le di un real y las rosquillas que aún
no me había comido. El muchacho que estaba junto a mí
me pegó un codazo:

—Tú eres tonto. ¿Por qué le das todo eso?

No reaccioné.

—¡Ya me lo podías dar a mí! Me llamo Paulo. ¿Y tú?
—me estrechó la mano. La suya era áspera. Me fijé en que
estaba descalzo.

—Jon.

—¿Veraneante?

—Soy de Bilbao; mi madre sí que es de aquí —contesté
con desconfianza, sin sospechar que aquel descarado sería
pronto un inolvidable amigo—. Bueno, me voy.

—Como quieras, Chimbito*. Ya nos veremos.

Noté un agradable olor en el aire mientras me dirigía a
reunirme con mi tío. Un olor singular bajo aquel sol de oro.
Tal vez fuera el aroma del incienso de la iglesia; tal vez el
de los tilos de la plaza; o quizás el de la piel de Mirra.

* Diminutivo de *chimbo*, pajarillo, icono folclórico de los bilbaínos.

Yo ya sabía qué era el oro, y también qué era el incienso. De la mirra no sabía nada; sólo que era un perfume de reyes, y que ese nombre le quedaba perfecto a aquella muchacha que parecía una princesa de Oriente.